



Patronato de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

La presente colección bibliográfica digital está sujeta a la legislación española sobre propiedad intelectual.

De acuerdo con lo establecido en la legislación vigente su utilización será exclusivamente con fines de estudio e investigación científica; en consecuencia, no podrán ser objeto de utilización colectiva ni lucrativa ni ser depositadas en centros públicos que las destinen a otros fines.

En las citas o referencias a los fondos incluidos en la investigación deberá mencionarse que los mismos proceden de la Biblioteca del Patronato de la Alhambra y Generalife y, además, hacer mención expresa del enlace permanente en Internet.

El investigador que utilice los citados fondos está obligado a hacer donación de un ejemplar a la Biblioteca del Patronato de la Alhambra y Generalife del estudio o trabajo de investigación realizado.

This bibliographic digital collection is subject to Spanish intellectual property Law. In accordance with current legislation, its use is solely for purposes of study and scientific research. Collective use, profit, and deposit of the materials in public centers intended for non-academic or study purposes is expressly prohibited.

Excerpts and references should be cited as being from the Library of the Patronato of the Alhambra and Generalife, and a stable URL should be included in the citation.

We kindly request that a copy of any publications resulting from said research be donated to the Library of the Patronato of the Alhambra and Generalife for the use of future students and researchers.

***Biblioteca del Patronato de la Alhambra y Generalife
C / Real de la Alhambra S/N . Edificio Nuevos Museos
18009 GRANADA (ESPAÑA)***

+ 34 958 02 79 45

biblioteca.pag@juntadeandalucia.es

EL HADJES
DE LA PRINCESA
ZORAIDA

EGUILAZ

GRANADA 1892

A-1
4
8

P.C. Museo Arqueológico de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

JUNTA DE ANDALUCÍA

BIBLIOTECA DE
LA ALHAMBRA

Est.

A-1

Tabl.

4

N.º

8



JUNTA DE ANDALUCÍA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

R-310

EL HADITS
DE LA PRINCESA ZORAIDA,

DEL

EMIR ABULHASAN Y DEL CABALLERO ACEJA.

Relación romancesca del siglo XV
ó principios del XVI en que se declara el origen de las
Pinturas de la Alhambra.

SÁCALA Á LUZ

D. LEOPOLDO DE EGUILAZ YÁNGUAS,

*Catedrático de la Universidad Literaria de Granada y Correspondiente
de las Reales Academias Española, de la Historia y de
Ciencias de Lisboa.*

Donativo del Sr. Conde de
Romanones á la Biblioteca
de la Alhambra. 1909

GRANADA.

Imp. de la Vda. é Hijos de P. V. Sabatel,
calle de Mesones, 52.

1892.



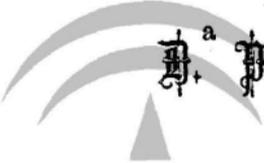
Es propiedad.—Derechos reservados.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA



bra y Generalife

Á MI MUY AMADA ESPOSA

 D.^a Paulina Cruzat Rodrigo Tejedor.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

JUNTA DE ANDALUCÍA

AL QUE LEYERE.

LA presente relación novelesca, sacada de un Códice aljamiado en 4.º de ciento tres fojas de papel cebú y caracteres arábigo-andaluces, lleva por título: *El Hadits (1) de la Princesa Zoraida, del Príncipe Abulhasan y del Caballero Aceja*. Aunque sin nombre de autor, fecha ni lugar en que fué escrito, parece haberlo sido en las postrimerías del siglo XV ó en los comienzos del XVI por algún mudéjar ó morisco convertido á nuestra santa fe católica.

En lo que no cabe dudar es en que el autor anónimo tomó de otro el Hadits,

(1) Relación, narración de un hecho, de hechos ó acontecimientos.

como lo declaran las palabras *dice el narrador*, que más de una vez se encuentran en él.

Este manuscrito, hoy de mi propiedad, fué encontrado, según me aseguró la persona de quien lo hube, con otros muchos árabes y aljamiados, en Mesones, pueblo de la provincia de Zaragoza, al derribar un vetusto casuco de tiempo de moros. Decidióme á adquirirlo la circunstancia de haber tropezado, entre sus últimas hojas, con la lámina, cuya fototipia va al frente de esta versión, pues, como viera yo en ella copia exactísima de dos de los pasos caballerescos que decoran las bóvedas de la *Sala de Justicia de la Casa Real de la Alhambra*, me asaltó la idea de si el Códice, que ilustraba, contendría la peregrina leyenda figurada en ellas. Grande fué el gozo que me produjo la confirmación de mi sospecha, pues, merced á tan venturoso hallazgo, podría en breve plazo dar al público la historia, hasta hoy ignorada, de los sucesos ro-

mancescos representados en aquellas famosísimas pinturas.

Aunque la versión está calcada sobre el original, me he tomado la licencia, sin faltar á la fidelidad del relato, á fin de hacer más apacible su lectura, de despojarlo de la monotonía y pesadez de su estilo y lenguaje arcaicos, achaque habitual de los cuentos y novelas aljamiados.

Con todo, me ha parecido bien no hacer novedad en los vocablos de estirpe arábiga, que se encuentran en el discurso de la narración, mediante á haber adquirido carta de naturaleza en nuestra habla popular y hallarse inventariados en los diccionarios. Los que en ellos no se registran, ó que, de registrarse, corren sin etimología, van puestos al fin de la obra con la que, en mi sentir, les corresponde.

No faltará alguien, suspicaz y receloso de suyo, que, recordando expedientes añejos, eché á volar su fantasía y maliciosamente suponga que lo del

manuscrito aljamiado y lo de su autor anónimo son ingeniosas inventivas y tretas habilidosas para que los críticos atrabiliarios sacudan sobre ajenas nalgas los azotes que merezcan las mías. No seré yo, por cierto, quien peche con la tarea ingrata de disipar sus anojos; porque libre, como es, cada cual de pensar lo que le viniere en gana, en su arbitrio y mano está el creer lo que más les plazca.

Réstame rogar encarecidamente al lector benévolo excuse las faltas que advirtiere en mi versión, pues penetrado de no ser posible, por mucha diligencia que se ponga, de dejar de incurrir en ellas, me declaro desde ahora menesteroso de indulgencia.

CAPÍTULO I.

Cómo el sultán Sidi Saád perdió el trono de Granada.

CUENTA el narrador que, reinando en Castilla D. Juan el II, hubo un sultán en Granada que le decían Sidi Saád, varón temeroso de Dios, sabio, pío, justiciero, amparador y escudo de los buenos y tan inexorable juez de los malos que, sin hacer cuenta de su estado, condición ó linaje, á todos, chicos y grandes, los media por el mismo rasero.

Con tan paternal solicitud puso tal espanto en los malos, que en cien leguas á la redonda no se topaba uno por un ojo de la cara que no anduviese en trazas y hábitos de hombre de bien. Todo fué paz y ventura durante los días de su reinado. Libres de pechos y gabelas contra fuero, prosperó la agricultura, tomó vuelos la industria, floreció el tráfico y encendida la caridad en el corazón de los ricos, ni

hubo mezquino sin hartura ni viuda ni huérfano pobres sin pañizuelo de lágrimas.

Pero como no hay mal que no acabe, ni bien que sea duradero, vino un triste suceso á aguar el de aquel reducido estado. Y fué que habiéndose prendado el príncipe merinita Sidi Jalíl, jeque *algozá* (1) ó capitán general de los mercenarios Gazules, Gomerres y Beni Mansor, que el rey tenía á su servicio, de una garrida moza, hija del alfaquí mayor de la Mezquita antigua (2), *torba* ó mausoleo de los sultanes Nazaritas, abrasada el alma en lujuria, hizo fuerza en ella, sin que fueran parte á arredrarle lo sagrado del lugar, ni la desesperada resistencia, ni los gritos clamorosos y lastimeros de la víctima. Y aunque al oírlos, presa de mortal angustia, acudió el padre en su auxilio con el alma en un hilo, seguido de dos almuedanos, al llegar á la puerta de la algorfa, en que se hallaba su hija, descolgábase el violador aleve por un ajimez que daba á los jardines de la *Rauda* (3), perdiéndose en la espesura del follaje. Todos tres, con ser la hora del crepúsculo matutino, reconocieron distintamente en el que huía al príncipe Sidi Jalíl.

No tardó este desafuero en llegar á oídos del sultán, el cual, montando en ira, llamó al mezuar, guarda mayor de su persona y estado y ejecutor general de la justicia, y le dijo:— Reduan, ve en volandas al palacio del Nched (4) y dí de parte mía al príncipe Sidi Jalíl que necesito hablarle. Nada de excusas ni dilaciones, y, de oponerse, vivo ó muerto me lo has de traer.

—Oído y obedecido, respondió el mezuar, inclinada la cabeza y cruzados los brazos sobre el pecho. Y tomando consigo cuarenta almoxarriques (5) se dió tal diligencia que no era aún pasada la media hora cuando estaba de retorno con el príncipe berberisco en la puerta del *Mechlis el Hâss* (6), cámara de recepción de la nobleza, donde, sentado sobre los almadraques reales y oculto tras el ancho redí de setuní rojo, que pendiente de una barra de oro cubría la entrada del aposento, se hallaba el sultán Sidi Saád. Estaba de la parte de afuera el alguacil mayor Abdallah Abenamar, el cual, después de contestar á la zalema del príncipe merinita, enderezándole la palabra en nombre del rey, de quien acababa

de recibir órdenes, le dijo estas concertadas razones:—El sultán, nuestro amo, ensalce Allah su honra y acreciente su estado, te manda llamar para reprenderte por el deservicio y bellaquería que haz hecho á la ley y á su real persona, profanando el lugar sagrado en que reposan los restos de sus padres, asaltando aleve en hora excusada, como ladrón nocturno, la morada de un ministro del Señor y haciendo presa de la concupiscencia que te roe los hígados en una débil doncella. Y como hecho tan ruín, indigno de tu noble alcurnia y de tu alta jerarquía, pide de suyo una reparación cumplida é inmediata, de parte de Su Alteza te requiero, notifico y hago saber, que si en el perentorio término de veinte y cuatro horas no pones lañas al portillo que haz abierto en la honra de esa pulcela, que ha dejado de serlo por tu causa, casándote con ella ante el cadí y los alfaquies de este alcazar, te será cercenada, como es de juro, la cabeza y clavada en una escarpia para escarmiento de charranes y libertinos sobre las almenas del *Borch-el-Adhim* (7), que es la más alta torre y la más conspícua de la alcazaba.

Lívido y desencajado el rostro y con la torva mirada en el suelo escuchó el príncipe Sidi Jalil la plática de Abenamar y aunque la cólera, que le hervía en las entrañas, le hizo llevar más de una vez la crispada mano á la empuñadura de su alfanje, cierto de que le escuchaba el rey, viéndose rodeado de los almozarriques y comprendiendo que al menor amago contra la persona del alguacil rodaría su cabeza por los suelos, compuso, como pudo, el rostro y, haciendo de tripas corazón, con labio bulbuciente y convulso dijo á Abenamar:—
¿Tiene vuestra honrada persona algo más que mandar? Y como el alguacil dijera que no, pidió licencia para retirarse, y, acordada, salió del alcázar á paso largo, henchido el pecho de viboras, con dirección á su palacio, donde, apenas hubo llegado, convocó á consejo á los arraeces, alcaides y almocadenes de sus taifas, á quienes dió cuenta del agravio. Hicieronlo suyo sus capitanes y, viéndose afrentados y amenazados de muerte en la persona de su jefe, resolvieron á una, dársela al rey, antes de fenecer el día.

Con este acuerdo, retiráronse los conjura-

dos á las alhóndigas que tenían por cuarteles en las avenidas del alcázar, y enjaezados sus caballos y apercebidas sus armas esperaron á que los almuedanos de las mezquitas hicieran desde sus alminares el llamamiento á la azalá de *al-aúçar* (8), que era la señal convenida para llevar á cabo su dañado intento. Llegó por fin la hora, y apenas hirieron los aires las palabras *Allah akbar* (9), con que comienza la convocatoria á la oración, salieron de sus cuarteles, como legión de demonios vomitada por el infierno, aquellas hordas desenfrenadas con sus adalides y cabeceras al frente y atravesando á todo correr el campo de la Asabica (10), arrollaron las guardias de las puertas Xarea, Sultania y Algodor, (11), y penetrando en el alcázar por la de Aben Samaá (12) con horrible estruendo y algazara, comenzaron á dar desaforados gritos de ¡muera el tirano!

Mal lo hubiera pasado el sultán Sidi Saád de haberse hallado en él en tan aciaga hora; pero por dicha buena encontrábase á la sazón del alboroto en Daralabiad (13), espléndida almunia de recreo, situada como á una milla

de la ciudad, frontera del arrecife de Málaga, donde las princesas sus hermanas solían pasar el *alazir* ó estación de la vendimia. Allí había ido aquel día el rey, terminada la audiencia de Sidi Jalil, con su hijo Muley Abulhasan, el alguacil Abenamar; el alférez Sidi Yahya, el mezuar y el escuadrón de caballeros Abencerrajes que componían su cortejo.

Estaba el rey de plática con las princesas sus hermanas, recostadas sobre sendos almadragues bajo el frondoso alarije que daba sombra y frescura á la placeta, que se hacía delante de la almunia, cuando vieron venir hácia ellos á todo correr por el arrecife á un caballero, jinete sobre un caballo morcillo. Era Ahmed, eunuco mayor del harém, el cual, llegado que fué á la presencia del rey, con voz entrecortada y trémula le dijo: Señor, poned luego al punto vuestra real persona en cobro: el jeque *algozá*, á la cabeza de los Gazules, Gomeres y Beni Mansor, ha asaltado el alcázar de la Alhambra y apoderádose de la ciudad, aclamando al príncipe Mohammad el-Ahnaf. Daos prisa, Señor, si quereis salvar la vida.

No hay que decir el efecto que produjo la

triste nueva. Dióle fililí á una de las princesas, cayó la otra de espaldas, presa de mortal desmayo, y la más entera de ellas, puesta en pie y con los brazos en alto, tomaba el cielo con las manos y ensordecía el aire con sus clamores y alaridos.

¡Charranes! dijo el príncipe Abulhasan, arrojando fuego por los ojos. Y encarándose con su padre, añadió, hinchada sobre la frente la vena de la cólera: dejadme á mí esa taifa de harones que yo juro por Dios, por Dios, por Dios, que con la ayuda de estos bravos caballeros daré cumplida cuenta de los traidores. Clavó el rey, rígido el rostro, la imperiosa mirada sobre su hijo, como imponiéndole silencio, y, volviéndose á los que le rodeaban, les dijo: presto, enjaezad tres hacaneas para las princesas y, antecogiéndolas, marchad á toda prisa por el camino de Málaga. Mientras se hacía esta diligencia iban llegando á la almunia otros caballeros que confirmaron al rey las tristes nuevas de Ahmed. El último que pareció fué Mesrúr, su bufón favorito, á quien los sediciosos habían chamuscado la barba con un hacho de esparto, dejando al pobre

jorobado hecho una lástima. Lloraba el infeliz que se escurría, abrazado á las rodillas de su amo. El cual, viéndolo todo perdido y que la tardanza en huir podía serles funesta, mandó montar á caballo, y, puesto al frente del escuadrón, rompió la marcha á trote largo por la calzada de Málaga, llevando á su derecha al príncipe Abulhasan y á su izquierda al alguacil Abenamar.

Una hora después llegaban los sublevados á la almunia, pero encontrando el nido sin el pájaro, y graduando por la delantera que llevaban los fugitivos que no era empresa llana darles alcance, después de saquearla é incendiarla, regresaron á Granada.



CAPÍTULO II.

Razonamiento del sultán Sidi Saád á su hijo el príncipe Abulhasan, yendo camino de Archidona.

Como una legua llevaría andada la regia comitiva, cuando echando de ver Sidi Saád el tenaz silencio de Abulhasan, le dijo estas blandas y amorosas razones: ha causado en tí enojo, hijo mío, que mi autoridad de padre haya atajado tus bríos de mozo, cuando sin otro auxilio que el de este puñado de gentiles hombres querías acometer la empresa temeraria de atacar á los rebeldes. ¿Á qué bueno ese sacrificio? Rey soy, y, como rey, padre soy de todos, de tí, como de estos nobles caballeros. Pues si lo soy de tí por naturaleza y de ellos por obligación, por ellos debo igualmente mirar y procurar su bien, como si los hubiera engendrado. ¿No salta en tus ojos que esta mi solicitud es más razona-

ble y cuerda que la irreflexible tuya de inmo-
larlos estérilmente en aras de tu vanidad, de
tu despecho ó de tu locura? Y si en la muerte
estuviere vinculado el remedio de los males
que afligen en este momento á mi pueblo ¿crees
tú, por ventura, que habría de consentir que
otro, pudiendo serlo yo, se ofreciera á Allah
como víctima expiatoria de nuestras culpas?
Demás de esto, si yo, en vez de refrenar tus
ímpetus, les hubieras dado alas y hubieras
muerto en el combate ¿qué hubiera sido de
mí? Solo en este mundo ¿quién me consolaría?
Caído ¿quién me daría la mano para levantar-
me? Y agobiado por la inmensa pesadumbre
de los años ¿quién sería el báculo de mi vejez?
El valor, hijo mío, que no va acompañado de
la prudencia, no es valor, sino temeridad.
Nunca hace más falta el seso que en los tran-
ces apurados de la vida. Los contratiempos y
adversidades de la fortuna son piedra de toque
del corazón recio ó flaco, de la paciencia ge-
nerosa y de la resignación heroica. Desecha
como mala tentación tus negros pensamien-
tos. Quédese la desesperación para los pusilá-
nimes y cobardes, y pues no se mueve la hoja

del árbol sin la voluntad de Dios, bendigamos su providencia, que pues Él, que quiere el bien de sus criaturas, nos da la llaga, de Él hemos de aguardar la medicina. Mi conciencia está tranquila; en Dios y por Dios hice á mi pueblo todo el bien que supe. Si con mal me lo paga ahora, en el pecado llevará la penitencia. Que el Señor le perdone, como yo le perdono. No desmaye, pues, tu corazón al ver caer el cetro de mi mano; si está de Dios, nuestro dueño, Él lo volverá á la tuya, y ungirá ¡oh hijo de reyes!, tu cabeza y la ceñirá, cuando sea servido, con la corona que ha rodado de la mía.

P. C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

JUNTA DE ANDALUCÍA



CAPÍTULO III.

De cómo el sultán Sidi Saád acordó mandar en embajada á la corte de Castilla al príncipe Muley Abulhasan y de los avisos y consejos que le dió.

DICE el narrador que, después de marchar toda la noche por trochas y atajos para abreviar el camino y hurtar la persecución de sus enemigos, llegó Sidi Saád con su comitiva, bien entrada la mañana, á la villa de Archidona, en cuya alcazaba, de que era alcaide un próximo deudo suyo, fué aposentado con su hijo Abulhasan y las princesas sus hermanas.

Al cabo de tres días recibió el rey nuevas de que toda la tierra se había alzado por Moammad el-Ahnaf. No le quedaba, pues, en obediencia más que el lugar que le servía de albergue. Á él acudían diariamente partidarios suyos de todas las partes del reino, mu-

chos de ellos gente principal y de cuenta, los cuales, certificándole que el negocio de su destronamiento había dependido de un golpe de mano de la soldadesca africana y no del descontento y mala voluntad de sus súbditos naturales, inclinaron su real ánimo á mandar una embajada al rey D. Juan II de Castilla, de quien era vasallo mudéjar, impetrando su ayuda para reconquistar el reino; y como este consejo sonaba ya en sus oídos y se meneaba y bullía en su pensamiento desde la fecha de la revuelta, acordó ponerlo en ejecución, y llamando á su alguacil Abenamar dióle encargo de visitar secretamente al alcaide de Antequera y de pedirle en su nombre un guayage ó salvo conducto con el que su hijo y los caballeros que fuesen en su compañía pudiesen llegar hasta la villa de Olmedo, donde á la sazón se hallaba con su corte el rey de Castilla. Hízolo así Abenamar, y, sin que nadie notara su ausencia, regresó á Archidona con el salvo conducto al anochecer del mismo día. Después de conversar largamente con él, de darle menudas instrucciones, firmar y sellar con el anillo real lás cartas de

creencia, resolvió el rey Saád que saliera la embajada en la madrugada del día siguiente, y mandando llamar á Abulhasan, que hacía cabecera de ella, con marcadas muestras de emoción le dijo:—Mañana, antes que el sol alumbre el nuevo día, partirás en embajada á la corte de Castilla. No sé, hijo mío, si será esta la última vez que te hablo, pero, por si lo fuere, cargado como estoy de achaques y de años, deber mío es refrescar en tu memoria los consejos, documentos y advertencias que de mucho tiempo acá te vengo dando. Y lo primero que te digo, por si no nos volvemos á ver y llegares á reinar, es que seas padre de tus súbditos y no padrastro, rigiéndolos y gobernándolos, como rige y gobierna á sus hijos el diligente padre de familia, siendo dechado de ellos en costumbres y piedad, porque si es bueno el modelo, bueno será el remedador y si malo, de juro habrá de serlo la copia. Procura ante todo adoctrinarlos sólidamente en la fe, que es acial de las pasiones y fundamento firmísimo sobre que ha de asentarse la fábrica de su bienestar á fin de que no se cuartée, se desvencije ó desmorone. Pon, al

efecto, tus cinco sentidos en dotar las escuelas y madrazas de maestros intachables, que no sean, como acaece á la continúa, piedras de escándalo, estragadores de la juventud y ministros de perdición.

Hazles amable el trabajo, dándoles ejemplo tú de no estar ocioso, que al hombre parado lo tienta el pecado.

Elige para tu servicio y para el gobierno de tu estado á los que siendo sabios, sean á la vez honrados y virtuosos, porque la ciencia, sin el temor de Dios, es candela que no refocila y calienta, sino abrasadora llama que hace la conciencia pavesas.

Al que blasfemare de Dios, sustentador y padre de todas las criaturas, siéntale sin piedad la mano, sino quieres que las iras del cielo caigan sobre tu reino y lo devasten y aniquilen.

De los choros domésticos y callejeros, rateeros y salteadores, ladrones en cuadrilla, estafadores y usureros, prevaricadores y concusionarios, cohechadores y simoniacos, truanes y granujas de toda laya, sea cual se fuere su calidad y estado, harás justicia seca según sus

merecimientos, cuidando que la pena encaje con el delito, con la dolencia la medicina, la reparación con el daño y la ejemplaridad con el castigo.

Y para que estos remedios no sean ineficaces y baldíos, labrarás casas de corrección en reemplazo de los actuales cotarros, sentinas inmundas en que, por tener todo vicio su asiento y toda podredumbre su morada, el malo se hace peor y el peor se torna en pésimo. En sus aulas, y bajo la dirección de maestros hábiles en los oficios manuales y mecánicos, aplíquese cada cual al que le lleve su inclinación, y, adocotrínados por los sabios alfaquíes, aprendan á amar y servir á Dios y á respetar el honor, la vida y la hacienda de sus prójimos, con lo que de miembros lacerados, podridos y hediondos del estado, se transformarán en ciudadanos probos, morigerados y útiles.

A los araganes y gandules, alcahuetes y traineles, bagasas y alcandoras y demás gente rufiana, mételos en costura, procurando empleo honesto á su ociosidad, que es madre de sus tráfaos y manejos: caso de reincidencia

paguen su rebeldía con las setenas, y en el de contumacia y protervia avéntalos del reino, aunque se quede yermo y despoblado, porque esas tales gentes son polilla de la honra, carcoma de la virtud y peste de la república.

En las dispensaciones de pena no te vayas de ligero, otorgándolas á granel y aun á almorzadas, como, con mengua del reposo público y afrenta de las leyes, acaece en otros reinos. Valiérate más cerrar las puertas de los tribunales y abrir de par en par las de los presidios. Misericordia es justicia, la cual, cuando lleva de reata la pena, que es medicina del alma, purga la libertad licenciosa del culpable cercenándole los vuelos, rasga las cataratas de su entendimiento para que, alumbrado por la luz de su conciencia, mire con espanto los temerosos abismos del pecado, enmollece y suaviza su corazón, empedernido por el hábito del crimen con las dulces lágrimas de la compunción y del arrepentimiento, y apareja y adoba su rebelde voluntad para que, enamorada de su verdadero y único bien, que es la práctica de la virtud, viva honestamente en este oscuro valle de quebrantos y tristezas.

Pero quita á la justicia estos sus regalados frutos con el abuso de esas gracias y la harás estéril é infecunda y crecerán las malas yerbas en tus campos y el añublo, el tizón y la alheña devorarán sus mieses y la desolación y la miseria serán en tu presencia. En resolución, hijo mío, no se te caiga de la mano la vara de la justicia que es juntamente vara de misericordia. Mide por igual con ella á todos tus súbditos, tomando ejemplo del mismo Dios, dechado y modelo augustísimo de perfección, el cual, siendo, como es, infinitamente misericordioso, la pasa pareja por justos y pecadores, galardonando á los buenos y castigando á los malos, y ten por cierto que te asistirá el Señor y acrecentará tu reino y prosperará tu honra y hará que te bendigan las futuras generaciones.

Todo esto, que te digo, con mucho más que me callo, y que hallarás en las *Ordenanzas* que tengo escritas, donde más largamente se contiene, dice relación con el régimen y gobierno de tu pueblo. Escucha ahora lo que singular y más señaladamente atañe á tu persona y á la conducta que te conviene obser-

var en la corte de Castilla. Ante todo te ruego y encargo, por el mucho amor que te tengo, que seas humilde y nunca altivo y arrogante, porque la humildad es cepa de virtudes, la cual, por ir, como va siempre, acompañada de la gracia, atrae y cautiva dulcemente los corazones y avasalla y rinde las voluntades. Ten por presupuesto que, de no ser humilde, concitarás los odios y malquerencias de los nobles castellanos y te pondrán la cruz, como á demonio encarnado, y te mirarán de reojo y excusarán tu arrimo y comunicación y te baldonarán y harán sus lenguas jigote y albondiguilla de tu honra. Y puesto por caso que no fueres humilde, no hagas semblante de serlo, como acaece á las cortesanas y rameras cuando visten con paños de pudor y de recato su liviandad y desenvoltura. Más te quiero altanero y soberbio, que no hipócrita solapado; erizo y áspero de natural, que no afectado y postizo, porque el ojo avizor y experto, reparando en tu disfraz, echará luego de ver que el riñón de tu fábrica no conviene con la fachada. Sé de verdad humilde, hijo mío, porque, en siéndolo, serás reflexivo y prudente,

majestuoso sin jactancia, modesto sin aliño, respetuoso sin bajeza, medido y circunspecto, galán, gentil y discreto con las damas, dulce y afable con los caballeros y escuderos, y, finalmente, bien quisto y honrado en el pensamiento y las lenguas de cuantos te tratasen. Habrás reparado, acaso, que entre estas prendas del alma para nada figura la generosidad, preciadísima virtud que, no tocando los límites del despilfarro, es imán que atrae y se lleva tras sí las voluntades, pero pues nuestra pobreza no consiente que seas largo de bolsa, suplan la liberalidad y garbo tu urbanidad y cortesía, que tienen ambas á dos juntas y cada una de por sí tanto ó más poder que el mismo oro de Tíbar. No es esto decir que no des de lo que tengas; más te quiero pobre franco, que no rico avariento, que es ser más pobre que la misma pobreza. Demás de esto sé medido en el hablar, cuidando de no poner en la lengua lo que no haya madurado tu entendimiento, y encárgote que, cada y cuando que se te brinde, lo hagas por boca de truchimán, pues, aunque platicas medianamente la aljama, no está exento tu discurso

de gazafatones y yerros, los cuales excitarían la risa de quien te oyere con mengua de tu realza. Cierra con acitara de cal y canto tus oídos á la lisonja, que infla y desvanece el meollo, el cual, reflejando su propio ser en el cuerpo, deforma y abigarra su natural hermosura y gentileza. En el trato cotidiano excusa la comunicación con los livianos y rae-ces, porque el roce frecuente con ellos, dando al traste con los respetos humanos, engendra llaneza baladí y villana y es causa de menosprecio. Acompáñate siempre de hombres hidalgos, sabios y virtuosos, porque en los hidalgos tendrás escuela de nobleza, de ciencia en los sabios y de virtud en los virtuosos. Sé pulcro, sin pretender parecerlo, y limpio como los chorros del agua, porque la limpieza del cuerpo es claro testimonio, con excepciones que por sabidas se callan, de la pureza del alma. Sé parco en el beber y el yantar, porque la glotonería azolva los sentidos y es evidente señal de embrutecimiento del alma. Aprende á comer con trinchante, cuchara y ganivete, porque esto de hacer presa en los manjares con los cinco dedos de

la garfa es sucia y fea cosa entre las gentes cultas de Castilla. He dejado adrede por remate de estos avisos y consejos uno principálsimo en que debo hacer incapié á fin de que no se te vayan los tuyos. De atrás vengo observando con pena ¡oh hijo mío! que eres algo y aun algo enamorado y galán y hasta un tantico alegre de ojo y zaragatero y que en viendo dos varas de angeo te asemejas al toro bravo, que, apenas divisa el trapo del diestro, cierra los ojos y arremete brioso con el cuerno, sin recelar por ventura, que oculta en sus pliegues vá la espada que ha de darle la muerte. Damas de rostro placentero y de gentil garbo y donaire las hay, y tan espesas como dátiles en racimo, en la corte de Castilla; mira, pues, donde te cueles, que si algunas de ellas son ganado de pesca, anzuelo y garabato de cuitados, son las más la mismísima discreción y nada sufridos los que las sirven y cortejan y pudiera suceder acaso que, por meterte á cazar en vedado, salieras de la maleza con los zaragüelles rotos.

Aquí dió fin Sidi Saád á sus avisos y consejos, los cuales escuchó Abulhasan bajos los

ojos y en profundo recogimiento. Sólo una vez, y fué cuando el rey le tildó de un tantico enamorado y galán, se atrevió á alzarlos del suelo, dejando vislumbrar en ellos y en la ligera sonrisa de sus labios un como dejo de malicia y socarronería que no echó de ver su padre por tenerle las lágrimas enturbiados los suyos. De perlas, dijo Abulhasan, levantando la cabeza, me parecen esos castigos y documentos y yo juro á V. A. por el amor que le tengo que he de hacer de ellos doctrinal de mi vida, pauta y cánon de mi conducta. En diciendo esto, el rey, que estaba asaz doliente y conmovido, abrazó tiernamente á su hijo y le encargó fuera á despedirse de sus tías, Fátima, Aja é Ixnamacot.

CAPÍTULO IV.

De las nóminas y amuletos que dieron á Abulhasan sus tías las princesas Fátima, Aja é Iznamacot, al despedirse de ellas.

GRANSE estas princesas esperpentos monumentales, que habiendo pasado vanamente su ya larga y cansada vida en expectativa de algún escudero ó rodrigón que por el cebo del ajuar ó por su elevada alcurnia les dijera por ahí te pudras, aunque á regañadientes y hartas de tragar saliva, se habían resignado al cabo, como todas las de su especie, á cuidar las macetas de sus arriates y azoteas, á departir con delectación morosa en regocijado é íntimo coloquio con los alfaquíes y demás gente menuda de las aljamæs y mezquitas, á coser de punto los zaragüelles ó remendar las bragas de algún devoto morabito y á dar de aguja con almarada limpia, hechas las salvedades solapadas é hipócritas de ordenanza, á la buena reputación, buen nom-

bre y fama de cuantos caían por su banda y más señaladamente á la de aquellas personas de su sexo, en quienes la naturaleza había derramado el tesoro de sus dones. Éranse las tres, en suma, la quinta esencia y el dechado más refinado y perfecto de mojigatería y perversión. Y añade á este propósito el narrador de esta historia, á fuer de cronista honrado y verídico, que no faltaban malas lenguas que jurasen y perjurasen por su ánima que las tales estantiguas eran brujas en cañuto, con sus puntas y arrequives de hechiceras, que se sabían de coro el libro de la magia de Ahmed el Madrileño, que eran consumadas maestras en esto de confeccionar ensalmos y forjar nóminas y amuletos y finalmente, que, en un quítame allá esa paja, hacían mal de ojo al que se les ponía entre cejas.

Cuando penetró Abulhasan en la espléndida tarbea del alcázar que ocupaban sus tías, acababan de dar punto á la tarea que desde prima hora de la tarde traía cada cuál entre manos. Ven acá, pimpollo, cacho de sol, ven acá y asiéntate á nuestra vera, dijo al ver á su sobrino la princesa Fátima, que era de las

tres la más entrada en años y la más leída. ¿Con que mañana al despuntar el alba partes para Castilla? El Señor vaya contigo, te asista y te libre de todo mal en esa maldita tierra de perros infieles que muerden con la boca cerrada. Que no te ablanden sus halagos ni fies en sus promesas. Obras quieras y nó palabras. A tu avío vas, que no á hacer el suyo. ¡Guarte, guarte, que son ladinos y asaz taimados y fulleros! Cuando movieres un pie, sea con licencia del otro, después de tentar el suelo, y no te se irá bajo tu planta. Ten los ojos como platos y en el sueño quede uno en atalaya; con la moneda que te dieren con esa haz de saldar sus cuentas. Bolsas erradas llevas; ábrelas en sazón y mercarás voluntades. Aler-ta con sus hembras, que quitan el sentido y si te echan el guiño, eres galán al hoyo. No te rindan sus camelos y si te rindieren, haz por no caer de espaldas, no sea que te desnocles. Contra sortilegios y maleficios irás bien abastado, amén de nóminas y amuletos para atraer corazones. Este que tengo en la mano ha de ganarte el del rey. Es el sello del león, llamado también del guijarro. ¡Mira y

qué brío el del sultán de las fieras, enhiesta la cola y los dientes clavados en la piedra que hiende en dos pedazos! Repara la serpiente que oprimen sus garras como enarquee el cuello y saca airada para herirle el dardo emponzoñado de su boca. El alacrán, que rastrea sobre su lomo, huye cobarde del azote, tieso como garzota sobre el turbante de un monarca. ¡Y qué olor á gloria trasmina! ¡Como que está bañado en agua de rosas saturada de azafrán! Este girón que aquí vés de azache amarillo, labrado de immaculados capullos de gusanos albarranes, que no tocaron el ru, es el preciado alquicel que le sirve de rebozo. Abre el tahalí y guárdalo como oro en paño.

Pues tienes ya el anzuelo para cazar al rey, ¡oh flor y nata de bizarros mancebos! dijo Aja, hágale compañía el amuleto séxtuplo que hará caer en tus redes al príncipe heredero y á los alguaciles y cortesanos. Hazte cuenta que está aderezado por estas manos y calcado punto por punto sobre el del *Quitáb-el-Ghaya* (14) en el supremo instante de las nobles indicaciones. Aspira su regalado aroma. ¡Capaz

sería de resucitar á un muerto! ¡Hasta el harambel que le sirve de envoltura va pasado de sus dulces perfumes!

Sírvalas de corona y remate ¡oh manojo de claveles! dijo la princesa Ixnamacot, estotro, único en su género, que no le va en zaga al mismísimo del *Sirr-el-Maktum* (15). Fiador será, por mi salud, contra el mal de ojo de tu belleza y de tu gracia. Tómallo, hijito, tómallo, arrejújalo en tu seno y que te entren moscas.

A estos amuletos de tan maravillosas virtudes, añadieron las princesas razonable cantidad de nóminas, entre ellas un traslado en papel ceptí de las suras 113 y 114 del Alcorán contra la maldad de las jorginas que soplan en los nudos, escrito de puño y letra de un santo alfaquí y tocado para mayor eficacia, como lugar más pulcre y saneado, en la delantera de sus bragas.

Pero no pararon aquí las muestras del amor que las princesas tenían á su sobrino. Mirando por el lustre de su persona y estado, cada cual de ellas le dió sendas bolsas repletas de adinares de buena ley, que fueron para

el príncipe de más satisfacción y alborozo que cuantos talismanes y amuletos llevaba encima, aunque hubiesen sido adobados por el mismo Ahmed el Madrileño.

Con esto y una gruesa de estrechos abrazos y besos por barba, acompañados de chorros de lágrimas, sollozos é hipidos, se despidieron las tías del sobrino, el cual se retrajo á descansar á su algorfa por ser ya la hora de la media noche.



P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

CAPÍTULO V.

En que se dá cuenta del recibimiento que hizo el rey D. Juan II al príncipe Abulhasan, del discurso que éste le tuvo, y de lo que S. A. le respondió.

LA del alba sería, cuando atravesaba Abulhasan la puerta de Antequera, una de las que se abren en el muro de Archidona, de donde arranca el arrecife que conduce á la frontera castellana. Componían su comitiva el alguacil mayor Abdalláh Abenamar, un su hijo, alférez, de su propio nombre, que llevaba el pendón rojo de los Alahmares de dobles astas con moharras doradas, borlas y rapacejos de seda y oro, Alí el Garnatí, *alcatib* ó secretario de la embajada, el *moalem*, ó profesor de la madraza *alajiba* (16), Yusuf el Araní, que hacía los oficios de truchimán, el bufón Mesrúr, el adalid Reduan, el mudéjar, el almocaden Sofian ben Obeidallah y ciento cincuenta Abencerrajes, la flor

de la hermosura y de la caballería granadina.

Catorce días llevaba de camino el hijo del rey Saád, cuando cerca de una pequeña alquería que le decían el Marchal, distante como diez millas de Olmedo, salieron á su encuentro unos criados del rey, noticiándole en su nombre que, teniendo acordada la traslación de la Corte en la tarde del siguiente, á la villa de Arévalo, cuyos aires puros y apacibles habían recomendado los físicos á la reina doña María, convaleciente aún de unas ciciones perniciosas, había resuelto recibir á la embajada del sultán su padre, antes de emprender la marcha. Con este aviso, prosiguió la suya Abulhasan y al romper la aurora del décimo quinto día, llegó á la vista de Olmedo, en cuyos alijares mandó descargar los equipajes y armar el alfareque (17), en el que penetró con los caballeros de su séquito para aderezar sus personas, acicalar sus armas y adobar los paramentos de sus caballos.

Como á eso de medio día, hora fijada para el recibimiento, mandó el príncipe montar á caballo y tomar la vuelta de la villa, en cuyas puertas lo esperaba el Infante D. Enrique

con lucidísimo acompañamiento de nobles, caballeros y escuderos, entre los cuales descollaba por su deporte altivo y arrogante un muy gentil mancebo, doncel que había sido de la casa del rey, que le decían don Tristán Aceja, hijo de un ilustre prócer de Galicia y de una muy principal señora de Sevilla, de la nobilísima estirpe de los Farfanés, esforzados campeones que, después de haber servido por muchos años á los sultanes de Marruecos, se habían trasladado á España y avecindádose en aquella ciudad famosa, reinando don Juan el I.

No sin enojo echó de ver el príncipe Abulhasan en la altivez y arrogancia de aquel novel caballero un como desdén á su persona, lo cual le llegó tan á lo vivo, que desde aquella hora lo miró con ojeriza.

El pueblo cristiano, compuesto en gran parte de enaciados y tornadizos musulimes, gente la más levantisca y bellaca que se vió jamás en el mundo (18) y las aljamas de moros y judíos ocupaban la carrera que tenía que recorrer la embajada, y las azoteas, finiestras y balcones de las casas se veían

pobladas de rozagantes dueñas y doncellas, ávidas de presenciar la entrada del heredero del trono granadino y de su brillante séquito de caballeros y escuderos, de cuyo aire marcial se hacía todo el mundo lenguas. Y no había sido avara la fama, pues al ver desfilar al príncipe Abulhasan y á su lucido escuadrón de Abencerrajes, jóvenes todos apuestos y galanos, en muchos de los cuales aún no apuntaba el bozo, con sus almófares de acero nielado, las crestas ó cimeras cubiertas de chapas de oro, sus lucientes y fuertes corazas, sus marlotas de terciopelo carmesí, sus zara güelles y alquiceles, blancos como los ampos de la nieve, los borceguíes datilados de finísimo tafilete, sus alfanjes con las guarniciones, arriaces y vainas de plata esmaltada, pendientes de ricos tiracuellos con borlas de seda y oro á los cabos, sus tahalíes sujetos al talle por espléndidas cintas de seda tachonadas de piezas de plata á martillo y finísima pedrería, sus largas lanzas de fresno y sus fuertes adargás de ante, jinetes sobre poderosos alazanes de pura sangre árabe, lujosamente enjaezados, las nobles damas castellanas,

hecha la boca agua, se decían las unas á las otras: ¡Lástima que estos moros no se salven!

Iban tras el escuadrón del príncipe los harruqueros encargados de portear el presente del rey Saád, compuesto de tres briosos overos ricamente arreados, las sillas ginetas de muy lindo cuero marroquí leonado, los frenos, acciones y jáquimas con hermosas cuerdas y adefiras, labradas de seda, oro y aljófár y en sus remates aquellas preciadas borlas que se dicen adul. Conducidas de los ronzales por los almayáres, con destino á la reina doña María, marchaban dos mulas rucias con seras de higos de Málaga, sendas cajas de almizque, algalia y alámbar y otras muchas maneras de perfumes de que, por hacer honra á su futuro rey, le habían provisto largamente los alatares de Archidona. El príncipe Abulhasan traía también para el infante don Enrique, que se preciaba mucho de la vestimenta morisca, cantidad de ropa delgada de lino y seda y una aljuba de zarzahán brocada de oro, y para el Condestable D. Álvaro de Luna una marlota de ricomás y un capuz de muy fina grana.

Llegada que fué la comitiva á la plaza del alcázar y formado en batalla el escuadrón de Abencerrajes, echaron pie á tierra los embajadores y, precedidos del infante D. Enrique y de los caballeros que le acompañaban, penetraron en el gran salón destinado á esta suerte de solemnes recibimientos. Érase una vasta cuadra de estilo moderno, suntuosamente dispuesta, la techumbre labrada á maravilla, el suelo cubierto de almocelas, las paredes toldadas con tapices que representaban pasajes de la Escritura y los balcones con vistosas vidrieras de imaginería en colores, guarnecidos de amplios cortinajes de seda carmesí con flecos de hilo de plata. Al cabo de ella, frente por frente de la puerta de entrada, se alzaba el estrado real y bajo el dosel de camocán con alamares de oro que le cobijaba, sentado sobre su trono, veíase al ínclito monarca castellano D. Juan el II, y partidos en dos filas, á la una y á la otra banda del solio, al Condestable don Álvaro de Luna y á los nobles y altos dignatarios de la corte.

Hecha por Abulhasan y por los otros embajadores la zalema de costumbre, y besado

que hubieron todos, como es uso entre moros, el pie derecho del rey, le hizo entrega el príncipe granadino de las cartas de creencia, y, seguro de no errar, tan á su sabor traía repasado el discurso, con habla grave y reposada dijo el que se sigue: Muy alto y excelente príncipe, poderoso rey y señor: El sultán, mi padre, ensalce Dios su honra y le devuelva su estado, besa humildemente las manos y los pies de tu señoría y la tierra que huellan tus plantas y te hace saber por mi lengua, como á causa de querer meter orden en su reino, lacerado por menguados repúblicos, que, so color de labrar su bien, solo procuran su propio medro y engrandecimiento, y de gobernarlo y regirlo en justicia conforme á los mandamientos y devedamientos de la Xara y de la Zuna, que son como entre vosotros el derecho civil y canónico, ha sido expulsado en hora aciaga de Granada con liviano motivo por la soldadesca extranjera y reemplazado en el trono contra todo fuero y ley por el príncipe Mohammad-el-Ahnaf, viéndose reducido á la extremidad de buscar refugio en Archidona, única, entre las otras vi-

llas y ciudades principales del reino, que se ha mantenido en su obediencia. Y, pues, tú, ¡oh magnánimo y poderoso rey! eres nuestro dueño y señor y nosotros tus atreguados y apazguados, sé nuestro amparador y valedor prestando tu poderoso arrimo al sultán mi padre para restituirlo en su estado y reino, que yo en su nombre te declaro y prometo, y aún, si necesario fuere, te juro por el sagrado Alcorán, de ser siempre tu leal servidor y vasallo mudéjar, de tener á tu devoción cuantos lugares de su tierra se vuelvan á él, de pagarte religiosamente las parias en doblas zahenes de oro de ley, de respetar los tratados y conciertos, de no estragar con racias y algaradas tus estados y señoríos y finalmente, de asistir á tus cortes siempre y cuando tu Alteza se lo ordene.

Mucho holgó el rey D. Juan en oír el discurso y suplicación de Abulhasan por vislumbrar en él cierto como augurio de no estar lejano el venturoso día que cayera en sus manos aquel codiciado pedazo de la tierra española. Mucho placer hubo también al ver el desparpajo y donaire con que lo dijo, y sobre

todo la corrección y pureza del lenguaje, el cual, quitado cierto dejo de extranjerismo, no parecía sinó que lo habían hablado labios de Castilla. Con estas disposiciones, regocijado y benévolo, contestó en sustancia el rey de Castilla al príncipe granadino: que en el alma se dolía de la mala ventura del sultán, su padre; que siempre él le había hecho honra y que dende adelante entendía de se la hacer mucho más cumplidamente; que como amigo muy leal que era y lo había sido siempre suyo, procuraría poner orden y concierto en su tierra y asistirle con todo su poder; que luego incontinenti mandaría sus cartas á los alcaides y capitanes de sus fronteras para que le favoreciesen y auxiliasen, pregonando paces con todas las ciudades, villas y alquerías del reino granadino que se tornasen á él y entrasen en su obediencia, y, en resolución, que no excusaría medio ni se daría punto de reposo hasta verlo restituído en el trono.

No fueron baladíes estas promesas del rey; pues en aquella hora mandó extender las cartas al Condestable con otras para ciertos ca-

balleros principales de la ciudad de Granada y de su Albaicín, las cuales, suscritas con su nombre, selladas con su sello é interpretadas por sus truchimanes, fueron expedidas por correos especiales y llevadas á su destino.

¶ Terminada la audiencia, fué presentado el regalo del sultán y de su hijo al rey, á la reina, al Infante y al Condestable, todos los cuales fueron muy contentos de él, enviándosele mucho á agradecer.

Á la caída de aquella tarde partió el rey con toda su corte para Arévalo, llevando en su compañía al príncipe Abulhasan y á sus caballeros, á los cuales, luego de llegado á la villa, mandó aposentar en unos palacios muy ricamente aparejados de un mudéjar que le decían Sidi Mohammed ben Aliatar, situados en la morería, á cuyas posadas, por encargo expreso de S. A., se les mandaron abundantes manjares y viandas aderezadas á uso y costumbre de los buenos musulmanes, servicio que les fué hecho durante los días que la embajada estuvo en la corte, de tal manera y con tal largueza, que los Abencerrajes, al-

mayares y traficantes moros, que con ellos eran venidos de Archidona á Arévalo, se maravillaban de la desmesurada despensa que el rey les hacía.



JUNTA DE ANDALUCÍA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

CAPÍTULO VI.

De cómo llegaron nuevas á la corte del arribo á Sevilla de la princesa Zoraida, hija del gran emperador de Tartaria, de su salida para Arévalo y de los aprestos que acordó el rey D. Juan para su recibimiento.

PLACÍA grandemente al rey de comunicar con Abulhasan y sus caballeros, los cuales, como muy diestros en la silla, en el jugar de cañas, en rejonear toros bravos y en otros muchos y arriesgados ejercicios corporales, traían cautivados á las damas y gentiles hombres de la corte y muy señaladamente al infante D. Enrique, gran cabalgador á la jineta. Y aunque en ella eran los Abencerrajes consumados maestros, con todo, ninguno le hacía ventaja al príncipe Abulhasan. Llegó acaso por esto el Infante á cobrarle tal apego, que no le dejaba pie ni pisada, y aun parecía, al decir del vulgo ignorante y zafio, que le había cortado el ombligo. Tan-

tos y tan repetidos eran los agasajos y finezas que le tenía á toda hora con admiración y asombro de cuantos le conocían, por ser don Enrique hurraño y áspero de condición y nada comunicativo, como no fuera con aquella taifa villanesca que traía de ordinario á su servicio, no sin gran pena del rey y de la reina su madre, baldón y afrenta de su real estado. Solo para Abulhasan no eran un misterio aquellos extremos, pues aunque poco ó nada supersticioso, no lo era tan de remate que negase toda eficacia á las nóminas y amuletos que le habían aparejado sus tías. En resolución, debiéralo á sus secretas virtudes, al don de gentes que Dios le había dado, ó, lo que parece más cierto, á la conducta astuta y manera de la corte castellana, ello es, que el rey, el Infante su hijo, el Condestable don Álvaro de Luna y los otros cortesanos se lo rifaban á porfía.

Pero un suceso tan peregrino como inesperado, vino á apartar la atención de la corte de Abulhasan y sus caballeros. Sucedió, pues, que un día, en que el rey hacía sala con sus ministros y cortesanos en honor de los moros

sus huéspedes, le vinieron cartas del conde de Benavente, por quien á la sazón corría el gobierno y regimiento de Sevilla, en que le hacía saber cómo era arribada á aquel puerto una flotilla, compuesta de varias fustas, gripos y carracas, la cual traía á la princesa Zoraida, futura *cano* ó emperatriz del trono de Tartaria, acompañada de dos príncipes ó mirasas, tres damas y muchos criados y sirvientes, con un muy rico don que le enviaba su padre el emperador Xah Roj, sucesor del gran Tamorlán. Que luego que supo que la corte se hallaba en Arévalo, sin tomarse más tiempo que el necesario para dar descanso á su gente, había ordenado la marcha para la siguiente mañana; que con esta resolución dispuso despachar correos á toda prisa á los lugares por donde tenía que transitar la comitiva para que se le tuviesen aparejados toda suerte de refrescos y mantenimientos; y, finalmente, que, habida consideración al rango y jerarquía de tan elevada dama, él en persona con otros muchos y principales caballeros de la ciudad le servirían de escolta. Y como las susodichas cartas traían diez días de fecha,

graduaron el rey y su Condestable que, de no ocurrir algún percance imprevisto en el camino, no habrían de pasarse cinco sin que la futura emperatriz de Tartaria, llegase á la venturosa villa de Arévalo.

Todo era en la Corte hacerse cábalas y forjar fantasías sobre la venida á Castilla de la futura dueña del imperio más dilatado, más temido y más poderoso del mundo. Cierto que, reinando la majestad del rey D. Enrique III, trabó este príncipe relaciones estrechas con su abuelo el gran Timurbec, el cual correspondió á la embajada que le mandó el monarca castellano con otra de que fué cabecera un mirasa, próximo deudo suyo, alto dignatario de la Corte, que le decían Mohamad Alhagi, el cual, entre otros presentes de gran valía, le trajo dos damas de singular hermosura del harém de Bayaceto, emperador de los turcos, cautivadas en la sangrienta jornada en que este príncipe fué desbaratado y hecho prisionero. Pero esto de venir en persona al cabo del mundo nada menos que la excelsa nieta de Timur, arrojando las molestias y peligros de tan largo y ajetreado via-

je, era cosa de misterio. Todos los palacianos, desde los más encortezados y romos, hasta los más agudos y ladinos, se devanaban los sesos sin acertar á declararlo. Ni el rey, que no era lerdo de entendederas, ni el Condestable D. Álvaro de Luna, que las tenía asaz despabiladas y despiertas, ni aun el mismo D. Enrique de Aragón, con tener por presupuesto diario, á fuer de consumado zahorí y astrólogo, el desentrañar las cosas más intrincadas y recónditas, lograron dar en el clavo. En tanto, y como la venida de la princesa tártara se les echaba encima y no había tiempo que perder, reunió el rey D. Juan su Consejo, en el cual se acordó que, sin perdonar gastos ni sacrificios, se hiciesen cuantos aprestos fueren necesarios para el recibimiento de la princesa; que se dispusieran para su hospedaje y el de su servidumbre las mejores tarbeas del alcázar; que se hiciera pregón en la villa para que, durante los días de la estancia en ella de tan grande y renombrada señora, toldasen los vecinos las fachadas de sus casas y las alumbrasen por la noche con antorchas, cirios y faraones; que el infante don

Enrique, el reverendo obispo de Búrgos y D. Iñigo López de Mendoza, marqués de Santillana, con copia de caballeros y escuderos, pajes, farautes y ministriles y los hombres de armas que al Condestable D. Álvaro de Luna pluguiese designar, saliesen á su encuentro obra de media legua de la villa; que no consintiendo lo angustioso del tiempo mayor divulgación, se expidieran correos á los pueblos comarcanos para hacerles saber los días en que habían de tener lugar las fiestas; que mientras durasen se haría despena muy largamente á costa del tesoro á cuantos á ella viniesen, dando á todos aves y pescados de muy diversas maneras y vinos castellanos, griegos y malvasía. Finalmente, acordó el Consejo los pasos, fiestas y torneos, entremeses, personajes y momos y otras muchas suertes de invenciones y esparcimientos que habían de celebrarse durante la permanencia en Arévalo de tan ilustre dama.



CAPÍTULO VII.

Del recibimiento que hizo el rey D. Juan á la gran princesa de Tartaria.

LEGÓ por fin el anhelado día. Muchedumbre inmensa de toda edad, condición y estado, así de la villa, como de las ciudades, alquerías y aldeas comarcanas, atraída por el anuncio de las fiestas, discurría vestida de gala desde la hora del alba por sus calles y plazas. Las nobles damas castellanas, resplandecientes de hermosura, como luminarias del cielo, ocupaban los antepechos de los balcones y ajimeces de las casas. Los mudéjares, con sus capellares de color amarillo verdoso y la luneta azul sobre el hombro derecho, los judíos, con sus tabardos de mangas bobas abiertas y en ellas la señal bermeja, y las moras y judías de los arrabales espléndidamente ataviadas con sus corpiños reca-



Patrimonio Monumental de la Alcazaba, Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

mados de pedrería, sus alcandoras y marlotas de toda estofa, corte y color, sus almeñas y almalafas orladas de aljófares y sus albanegas y almaizares bordados á franjas en hilos de plata y oro, parecían sobre la vasta planicie de los alijares una como dilatada almáciga de alelíes y azucenas, margaritas y amapolas silvestres.

Bandas de músicos y ministriles, castellanos, mudéjares y judíos, con albogues, ajabebas y añafiles, laudes y guitarras de la tierra y moriscas, trompetas rectas y de vuelta, adufes, atabales y tamborinos y otras muchas suertes de instrumentos de viento, de cuerda y de percusión, se extendían en ordenadas filas por uno y otro lado del arrecife, desde el cabo de los alijares hasta los fosos y rebellines del muro de la villa. Sirviendo de atajo y dique al creciente oleaje de la multitud, que pugnaba por invadir la vía, se encontraban gentes de armas á caballo. En la puerta principal de la villa se había situado, para hacer homenaje y reverencia á la princesa, el ínclito, ilustre y muy renombrado señor D. Enrique de Aragón con otros caballeros y

gentiles hombres de la casa del rey y los regidores de la villa, vestidos de ceremonia en ropas talares de escarlata, enforradas en martas cibelinas. Delante de ellos, cuatro de los altos dignatarios de palacio tenían las varas de plata labrada del palio de camocán con flecos de seda carmesí y oro, destinado á cobijar el palanquín en que venía la princesa tártara y á preservarla de los rayos del sol. Á un lado de los susodichos dignatarios, veíase á la clerecía de la villa y en el opuesto, á la otra parte del arrecife, al mefti y los alfaquies de la mezquita aljama con su Alcorán y con su Tora al rabi y los otros ministros de la sinagoga.

En deseos Abulhasan de tomar parte en el recibimiento de la princesa Zoraida, pidió licencia al rey D. Juan por conducto del Alguacil Abdallah Abenamar para salir al campo con su escuadrón de Abencerrajes, y, habiendo venido su Alteza gustoso en ello, tomó puesto junto á la aljama de los mudéjares.

Á eso del medio día, y cuando el desasosiego y la impaciencia comenzaban á notarse en el concurso, vióse venir á todo correr por la cal-

zada y en derechura de la villa á un doncel de la casa del rey, ginete en un brioso alcaillo, agitando en el aire un mocadero blanco que traía en la mano derecha, dando á entender que se acercaba la comitiva. Y con efecto, aún no había franqueado las puertas de Arévalo, cuando pareció la cabecera, compuesta de catorce pajes muy bien guarnidos con birretes, jubones y gregüescos, calzas y alcorques de paño de seda á dos colores, mitad azul y mitad oro, ginetes sobre caballos blancos. En pos venían cincuenta hombres de armas sobre briosos overos, paramentados á maravilla, las cabezas cubiertas con lucientes almetes y vistosos penachos, y largas lanzas de fresno en las manos. Detrás, y á poco trecho, marchaban á pie cien ballesteros de la guardia de maceros del rey con sus clavas de plata al hombro engastadas en pedrería. Después, y partidos en dos filas, caminaban doce atabaleros y trompeteros, haciendo gran estruendo con sus instrumentos. Á la zaga de éstos cabalgaban sobre rocines en correcta formación los reyes de armas, farautes y persevantes del rey con sus birretes de ter-

ciopelo carmesí, guarnecidos de plumas, sus dalmáticas de ricomás, calzas y zapatos de grana. Luego á continuación, gobernados por esclavos negros, acomodados en el arranque del pescuezo, veíanse cuatro marfiles, sobre cuyas espaldas traía cada cual una como torecilla entoldada y dentro de ella el presente que el emperador de Tartaria mandaba al rey D. Juan. Arreo de ellos, y arrastradas por bueyes, rodaban dos carretas, muy bien aderezadas, que llevaban en jaulas de fuertes barrotes de hierro un león y una leona de Hircania, y conducidas del diestro por sus domadores iban dos abadas, dos girafas y dos cebras. Á continuación del presente venían cantidad de seis trompetas con los pendones en ellas de las armas del Tamorlán, que eran tres *oes* en esta forma $\circ\circ$, labradas con rubíes, tamaños como huevos de tórtola, y tras de ellos un apuesto caballero, que le decían Nuredín, ginete en un caballo muy grande y muy hermoso, soberbiamente encubertado, con una cimitarra en la mano derecha, la punta para arriba, en muestra de que el reino en que se hallaban no estaba su-

jeto al imperio de Tartaria. Finalmente, precedida de dos mirasas, vestidos de sendas túnicas de setuní vellud vellutado escarlata con brosladuras de oro en los pechos, mangas y espalda y altos sombreros guarnecidos de aljófares y balajes bien gruesos, pareció la princesa tártara dentro de un suntuoso palanquín taraceado de marfil, sándalo y ébano, ceñida la cabeza de una suerte de tocado, á manera de antifaz de novia, de finísimo encaje, bordado de perlas y recamado de pedrería, que los tártaros llaman *boctnac*, el cual, por caer los rapacejos por la espalda hasta los carcajes del pie y ser un tanto diáfano por la parte delantera, permite adivinar la pureza y corrección, gracia y hermosura del rostro de quien lo trae. Cuatro esclavos negros, altos y fornidos, como jayanes, llevaban en hombros las varas de bambú del palanquín, marchando tras ellos á pie otros tantos azacanes de repuesto. Á una y otra banda del vehículo cabalgaban, sin otra excepción que el infante D. Enrique, los miembros deputados por el Consejo para ir al encuentro de la princesa y dos hermosos galanes, el Farfán Aceja y un

su amigo, de la casa del Condestable D. Álvaro de Luna, no menos garrido y bizarro que él, que le decían Alvar Yañez. En pos de la princesa, sobre sendas hacaneas, iban las tres damas que la servían, llamadas Dilcoltagana, Mundasaga y Cholpamalaga, que era la principal. Cerraban el cortejo el conde de Benavente con los caballeros sevillanos, un escuadrón de lanzas de hasta cien caballos, mitad con uzas escarlata y mitad gualdas, varios gentiles hombres tártaros, vestidos de setuní rojo con alfaremes en la cabeza, y los acemileros que conducían el bagaje de Zoraida.

Al divisar el numeroso concurso el palanquín de la princesa una inmensa albuévolva resonó en los espacios. Echáronse á vuelo las campanas, sonaron con estrépito las zambras, retumbaron los tiros de pólvora disparados de la alcazaba, con el fragor del trueno en las oquedades de los cerros y alcudias circunvecinas y los gritos y alaridos de júbilo de la multitud ensordecían el aire. Todo era alborozo en los alijares de la villa. Sólo al rey se lo comía la pena desde que supo por el Con-

destable que el Infante, su hijo, teniendo á menos el acuerdo del Consejo, había escurrido el bulto, yéndose con la gentecilla ruín, que traía de ordinario á su lado, á un bosque no distante del alcázar, lugar apacible y deleitoso por sus frescuras y muy abundante en caza.

Cuando pasó Zoraida frontera al sitio en que se hallaban los Abencerrajes, clavó en ella el príncipe Abulhasan su codiciosa mirada y vislumbrando al través del velo, que encubría su rostro y talle, la más hermosa mujer que en sus días se había echado á la cara, se sintió tocado de amor por ella. No otro sentimiento había despertado la excelsa dama en uno de los caballeros que cabalgaban á su lado. Era el Farfán Aceja, en cuyo pecho alzó su trono el demonio de los celos, cuando al derramar receloso la vista, como tomado de un vago presentimiento, por el apuesto escuadrón de Abencerrajes, tropezó con la de Abulhasan, fija en el rostro de la princesa. Desde aquel instante miró con tal odio el Farfán al hijo del sultán Sidi Saád, que sólo era comparable al que su ademán altivo y arrogante

había hecho nacer en el corazón del príncipe granadino. El cual, absorto en la contemplación de la princesa, no reparó en las personas que cabalgaban á su lado. «¡Oh, se dijo, volviendo en sí, luego que la perdió de vista, y qué pieza tan brava para mi haren!» Y como si el bufón Mesrúr, que se hallaba á su vera, hubiera calado su pensamiento, le dijo con mueca socarrona: «Chacho, gentil bocado para la geta de un rey. *Bocato di cardinale*, como dice Micer Tommaso Pancini; sí hombre ¡y qué flaco de memoria eres!, añadió al reparar que no sonaba aquel nombre en las orejas de su amo; el genovés arrastrado que te trajo ogañazo de Italia aquella moza metida en carnes, endiñándotela por pulcela, cuando había dado más esquilmos que una viña vieja. Pero, chacho, esta es harina de otro costal. ¡Bravísima hembra á lo que se parece! ¡Y cómo te regalarías con ella en tu Alcázar de los Leones á poderle echar el guante!» Rióse Abulhasan de la salida de Mesrúr, y, dando la voz de marcha, se colocó con su escuadrón á la trasera de la comitiva.

Al llegar Zoraida á las puertas de la villa, echaron pie á tierra D. Enrique de Aragón y sus caballeros, y después de hecho el acatamiento, al que siguió el de los regidores, clerecía y aljamas de moros y judíos, volvieron á cabalgar; pero cuando, cobijada la princesa bajo el palio, se disponía el cortejo á seguir la marcha, se pareció de improviso delante del palanquin una muy lucida cuadrilla de juglaresas moriscas, las cuales, tras muchas zalemas y asperges de agua de azahar y de rosa con las diminutas almarrajas que traían pendientes de la cintura, comenzaron á cantar y bailar muy pulida y regocijadamente las unas con las otras, acompañadas de la zambra, una danza de movimientos tan lánguidos y lascivos y de tales meneos de brazos y quiebros de cintura, que, á no ponerles coto el adusto confesor del rey, Fray Lope Barrientos, que hacía de cabeza de la clerecía, no queda uno entre todos los espectadores, incluso su Reverencia, que no se hubiera visto tocado del baile de San Vito.

Puesto fin por Fray Lope, por pecaminosa y maleante, á la desenvuelta danza morisca,

no sin la clamorosa protesta y rechifla de los circunstantes, y, lo que le llegó más á lo vivo, de la mal disimulada risa de D. Enrique de Aragón y sus caballeros, siguió su curso la procesión en derechura del alcázar por la calle principal de la villa, desde cuyas casas, colgadas de muy ricos paramentos, arrojaron al pueblo, que llenaba las aceras, multitud de palomas con cintas de seda, flores y versos, compuestos en loor de la princesa por los más renombrados vates de la corte, entre los cuales fueron muy celebrados los que repentinizó el converso Alfonso de Baena, cuyo sentido era el que se sigue: «¿Quién es esta que de tan luengas tierras se parece entre nosotros, envuelto el rostro en transparente velo, como luna rebozada en blanca nubecilla? Tibia cual la del alba es la dulce luz que despiden sus ojos; mas si descorre el velo que la amortigua y encubre, es refulgente sol de rayos abrasadores. Como lirio entre zarzas ¡oh hija de reyes! eres tú entre las vírgenes, como rosa fragante entre flores inodoras! Rubia eres como espiga de estío y tu rosada mejilla como mixtura de leche y grana. Cintas de carmín

son tus labios y finísimos aljófares tus dientes. Comò torre de marfil es tu cuello, tu pecho como alcudia cerrada de sabrosísimas pomas y esbelto tu talle como el de gentil palmera. Panal de miel es tu boca y al pasar por ella los tonos de tu voz, saturados van de suavidad y fragancia. Cierra por piedad los ojos cuando venga la noche, no sea que, engañados por sus lumbres, parezca que no ha fenecido el día y huya el sueño de nosotros. Con haber avasallado á sangre y fuego tu glorioso abuelo, el gran Timur, á numerosos pueblos y naciones, todavía es mayor la irresistible fuerza de tus encantos, pues con sola una mirada posees el don de esclavizar á las gentes. ¡Oh hermosa entre las hermosas! ¡Oh manojito de mirra! Bien venida seas á esta bendita tierra de hidalgos y caballeros que profesan rendido culto á la mujer. Y vosotras, ¡oh gentiles damas castellanas, en quienes jamás logró hacer mella la envidia!, festejad alegres á vuestra ilustre huéspeda, la sin par Zoraida, celebrad regocijadas en este dechado de belleza el gran poder de Dios y admirad agradecidas las maravillosas obras de sus manos».

CAPÍTULO VIII.

De cómo el mirasa Jamelique dió cuenta de la embajada del emperador Xah Roj, de lo que le contestó el rey D. Juan y de lo que dijo la princesa Zoraida.

CUENTA el narrador que, al entrar Zoraida en el gran zaguán del alcázar, salieron á darle albricias por su feliz arribo el rey D. Juan y la reina D.^a María y ella se llegó á ellos con gran acatamiento y dióles la paz. Hecho esto, tomóla el rey del brazo y, seguida de sus damas y mirasas y de los caballeros principales de la corte, entre los cuales se hallaban Abulhasan y el Farfán Aceja, llevóla á una sala muy ricamente toldada, en cuyo centro se le había aderezado una hermosa silla, puesta sobre tres gradas y cubierta de riquísimo brocado con un vistoso dosel á las espaldas de la misma preciada estofa. Ocupado que hubo Zoraida su asentamiento y acomodados el rey y la reina en sus tronos, se dió comienzo á la ceremonia por la

entrega que hizo el mirasa, que parecía hacer de cabecera en la embajada, anciano mal encarado, de lengua y poblada barba y cabello crespo y blanco, que le decían Thermaxerin y por apodo el Velludo, por tener el cuerpo cubierto de cerdas, de las cartas de creencia del gran emperador Xah Roj, al Condestable don Álvaro de Luna, de cuyas manos pasaron á las del rey.

Dada licencia á los mirasas para declarar su embajada, adelantóse el uno de ellos, que le decían Jamelique, hacia el estrado real y después de hincar de distancia en distancia y por tres veces arreo ambos hinojos en tierra, los brazos cruzados sobre el pecho y la cabeza inclinada en señal de reverencia, poniéndose de pie, dijo al rey, con asombro de todos los circunstantes, en muy castizo castellano: «Muy alto y muy poderoso señor: Costumbre añeja es en los pueblos del extremo Oriente la de que al llegar á la edad nubil las hijas de los reyes, que han de heredar sus estados, recorran, acompañadas de hombres expertos y sabidores, las cortes extranjeras para elegir marido entre aquellos príncipes y ca-

balleros, que merezcan por su denuedo y valor y las otras prendas del alma la señalada honra de compartir con ellas el trono de sus padres. Esta muy acordada costumbre, que acaso en los ojos de tu Alteza parecerá peregrina, fruto es del saber de nuestros ilustres abuelos, á los cuales enseñó la experiencia, gran maestra de la vida, que en lo que toca á la elección de estado hay que dejar á la voluntad seguir sus inclinaciones y no hacerle fuerza ó torcerla, so pena de exponer á tremendos tumbos y descalabros y á perdurables duelos y quebrantos á los hijos de nuestras entrañas que, en el hecho de serlo, son objeto de todos nuestros extremos y complacencias. Tierras hay, haga Dios que por ventura no sea de entre ellas la tuya, en que los padres de familia, deslumbrados por el falso esplendor del oro ó el brillo aparente de las grandezas humanas, sin darse cuenta de lo que hacen, sacrifican á sus hijos en aras de su vanidad ó de su codicia, labrando míseros su ruina temporal y eterna. Porque ¿qué es un rico bobo sino una acémila cargada de plata? ¿Qué el vicioso encumbrado

sino un dorado tiesto repleto de basura? Y la mujer hermosa, pero fatua, ¿qué es, sino anillo de oro en la geta de un cochino, como dice el sabio Salomón en su admirable libro de los Proverbios? Hagan caudal los amantes del santo temor de Dios, que los demás bienes de este mundo se les darán por añadidura. Y con ellos dulzura y templanza, economía y acrecentamiento en la hacienda, seso en el pensamiento, mesura en el lenguaje, prudencia en las obras, en los enojos disculpa, modestia en el atavío, moderada alegría en las bienandanzas, humildad y paciencia en los trabajos y finalmente, caridad en todo, suprema virtud que, por ser la clave de los mandamientos de la ley, es crisol purísimo en que se funden y amalgaman en uno todos los amores, desde el amor de Dios, que en sí los encierra y contiene á todos, hasta el amor del prójimo, una de cuyas más preciadas especies es el que sin pausas ni intermitencias debe profesar el esposo á la esposa y la esposa al esposo en tanto en cuanto les durare la vida. Pero para lograr esta felicidad suma, es forzosa condición en los amantes

la igualdad de naturaleza, que lleva, tira y arrastra dulcemente la una hacia la otra ambas á dos voluntades. Por contra, la diversidad de natural y condición engendra alejamiento y discordia, que divorcian y disgregan con odio y aborrecimiento eternos los corazones de los amantes. Por esto, nuestros mayores, adoctrinados en la experiencia, consagraron, inscribiéndolo en sus leyes, el libre albedrío de los que se aman, á cuyas inclinaciones no pusieron otro freno que el de la prudencia, la cual, por ser recta razón de los actos humanos, modera los ímpetus irreflexivos de la juventud, desvanece sus fantasías y quiebra las alas de su locura. Teniendo esto presente, acordaron los sabios antiguos que acompañasen á las princesas, en casos semejantes á este, aquellos de entre los hombres doctos de su tierra que por su sabiduría y virtud pudiesen desempeñar cumplidamente el oficio de consejeros y maestros. He aquí, ¡oh rey venturoso y magnánimo!, el fin que trae á estos tus estados, como rezan esas cartas de creencia del emperador Xah Roj, mi augusto amo, á su excelsa hija y heredera la

sin par Zoraida, llamada por otro nombre Yanguasaga, que en nuestra habla vulgar tártara vale reina del corazón, la cual por consejo de la sultana Hausada, su madre, admiradora que fué de las prendas y virtudes de Alonso Pérez de Santamaría, de Ruy González de Clavijo y de los otros legados que mandó en embajada tu glorioso padre y señor D. Enrique III, de feliz memoria, al gran Timur Lenk, dejando todos los reinos del Asia y del África, ha venido á estos extremos del mundo, prefiriendo la noble tierra española á las otras de los francos, por ser entre todas ellas la más renombrada y famosa como cantera de héroes, plantel de caballeros, almaciga de hidalgos y fecundísimo venero de finos y amarrelados amantes. Haga el cielo piadoso que nuestra graciosa dueña y señora, la incomparable Zoraida, encuentre entre los príncipes y gentiles hombres de tu corte, ó presentes ahora en ella, al afortunado mortal que merezca ceñir á sus sienes la inmarcesible corona de los tres imperios».

Imposible es describir el efecto producido por el discurso del mirasa Jamelique. En

todos los rostros se veía pintado el asombro. Miró la reina al rey, el rey al Condestable y éste á don Enrique de Aragón y al marqués de Santillana, maravillados de lo que acababan de oír.

—¡Donosa costumbre! compañero, dijo el obispo de Ávila al de Burgos, que estaba á la derecha del estrado real con Fray Lope Barrientos y el conde de Benavente. Venir una doncella de estos perendengues de ceca en meca y de zoca en colodra por esos mundos de Dios en demanda de marido! ¿Ha llegado á noticia de vuestra Reverencia cosa más peregrina? Pareceme aventura ésta más propia de figurar en uno de esos desatinados libros de caballería franceses que se nos han entrado de rondón por las puertas y que por mala ventura han engendrado ya un hijo!

—Pues mayor extrañeza debería causar en vuestra Reverencia, respondió el prelado de Burgos, el meollo de ese discurso, que más que de truchiman tiene sus puntas y ribetes de teólogo moralista. Á la mía fe que no se han cocido esas habas en marmitas de Tartaria ni adobado esos conceptos en testas de

Mahoma. Y no digo nada del habla castizamente castellana con que los ha declarado!

—Aquí hay intrínquilis, dijo con gravedad al obispo de Ávila Fray Lope Barrientos, terciando en la conversación.

—No mas, dijo el conde de Benavente, sino que el que lo ha dicho es tan tártaro de Tartaria como su mismísima Reverencia.

—Pues ¿qué es ello? replicó con rostro curioso el confesor del rey. ¿Ha pescado algo de sustancia vuestra Señoría?

—Y aun algos, repuso el de Benavente. El que veis ahí con ese disfraz y ese cucurucho blanco por sombrero es ni más ni menos que un cierto pajecico que se dejó Ruy González de Clavijo moribundo en Samarcanda, cuando su regreso á España y, á lo que él mismo me ha declarado, parece ser hijo de un alfage-me de Medina del Campo.

—Ta, ta, ta, dijo Fray Lope Barrientos con visible alegría, le recuerdo muy bien; como que fué acólito algún tiempo en mi propia parroquia, y, si la memoria no marra, creo que se llama Juan Díaz.

Empero el discurso de Jamelique no se

limitó á producir estos ó semejantes coloquios. De más alcance fué el efecto causado en los galanes. ¡Oh y qué de ambiciones despertó en aquella hora! ¡Á cuántas hizo salir de madre! ¡Qué de imaginaciones y fantasías se forjaron en las cabezas de aquellos noveles caballeros! ¡Cuántos sueños soñaron despier- tos! Mas ninguno debió ser comparable, á juzgar por su recogimiento, al que en aquel instante embargaba los sentidos y potencias del Farfán Aceja, en el cual tenía clava- dos sus grandes ojos garzos el príncipe Abul- hasan.

—¡Bah! pensó el hijo del rey Saád. ¡Apos- taría que este caballero se cree ya por lo menos emperador de Tartaria!

Pero la estupefacción llegó á su colmo al hacer ademán el rey de responder al discurso de Jamelique, en que alzando Zoraida el velo de su rostro, mostró en él y en su gentil gar- bo y talante tan subida y alta belleza, que no pareció á cuantos embelesados la miraban sino trasunto fidelísimo de la que debió de tener Eva, cuando el prototipo infinito y eterno de toda perfección la crió á su imagen y se-

mejanza, aderezándola con todos los primores y encantos de la hermosura y todos los hechizos y atractivos de la gracia. Y cierto, la naturaleza humana en la princesa tártara daba clarísimas muestras de su alcurnia divina. Toda la hermosura del mundo era en ella junta; así resplandecía entre las damas como la luz contra la sombras. ¿Era aquella mujer un ángel bajado del cielo ó una criatura mortal? Extasiado y atónito el numeroso concurso, reinó por un momento en el salón profundísimo silencio. Palidicieron las damas, flaquearon las piernas de los gentiles hombres y caballeros, reverdecieron los corazones de los viejos, y todos, mancebos y ancianos, hombres y mujeres, abriendo cuán grandes eran sus ojos, no se hartaban de mirar y remirar la belleza de aquellas formas virginales, la corrección y pureza de sus líneas, su morbidez y elegancia y aquellos sus dulcísimos ojos de paloma por los cuales se derramaba la gracia.

Gratior et pulchro veniens in corpore virtus,
exclamó el santo obispo de Burgos, echando de ver cómo la humildad revestía con sus

resplandecientes lumbres y las suavísimas tintas del pudor el hermoso rostro de la princesa tártara. Gloria, honor é inmarcesible corona de grandeza será esta ilustre dama, dijo á Fray Lope Barrientos el prelado de Avila, á juzgar por lo que se parece, del venturoso mortal que fuere digno de merecerla. Cierto, y don y joya preciadísima y bendición de Dios, añadió el confesor del rey, que no quitaba embelesado de ella los ojos.

Con todo esto, aquella alma candorosa, que prestaba su forma seductora y sus delicados colores y matices al gentil cuerpo de la princesa, no era para ser vista por los ojos carnales de Abulhasan ni por los codiciosos de encumbramiento y grandeza del Farfán Aceja. ¡Ah! ¡Con ser ambos á dos los galanes de más porte y brío de todos los presentes, ninguno de ellos era digno de descalzar los chapines de Zoraida!

¡Qué dicha para nosotros, dijo por lo bajo la reina al rey, si esta angelical criatura pusiera los ojos en nuestro hijo! Asintió D. Juan á éstas palabras de doña María, y acordándose tenía que contestar al mirasa Jamelique,

dirigiendo el habla á Zoraida, con voz visiblemente conmovida, dijo: «Bien venida seais ¡oh princesa incomparable! á esta hidalga tierra de España, en la cual hallareis la hospitalidad que se merecen vuestro alto rango y estado. Y pues, haciéndonos merced, á vos os plugo con beneplácito de vuestro honrado padre, el gran emperador de Tartaria, mi apazgado y amigo, y con el de la excelsa emperatriz Hausada, vuestra madre, de venir á estos nuestros reinos y señoríos prefiriéndolos á los otros de los francos, podeis á vuestro grado ordenar y mandar en ellos, como si fueren vuestros, y disponer de nosotros y de nuestros haberes á vuestro antojo y albedrío. Por lo que toca al arduo negocio que aquí os trae, quiera el cielo que halleis entre los príncipes, caballeros ilustres y gentiles hombres de mi tierra, quien merezca por su valor y virtudes la suprema honra de poseer á la más noble, más bizarra y más cumplida hermosura del mundo.»

Á esta graciosa respuesta del rey, encendido el rostro en modestia, contestó Zoraida con voz suave y dulcísima en chapurrada

lengua castellana, que prestó más encanto á su discurso: «En mucho tengo ¡oh poderoso rey y señor! y en mucho habrán de tenerlo mis muy amados padres, el recibimiento y agasajo que me haceis, y la honra que os servís otorgarme. Ya sabía yo por los relatos de mi piadosa madre y los de mi sabio ayo y maestro el mirasa Jamelique, que en este rincón del mundo, patria de tantos santos, héroes y caballeros, como ilustran las historias, habrían de hallar término venturoso mis cuitas y satisfacción cumplida mis anhelos. Permita el cielo que estas esperanzas mías no se vean defraudadas! Sierva de Dios soy, mi causa está en sus manos. Que las claras lumbres de su divino rostro iluminen mi entendimiento é inflamen mi voluntad, para que pueda yo cumplir la suya adorable y santísima».

Al oír estas palabras el obispo de Burgos, transfigurado el rostro y levantados los ojos en alto, exclamó en tono inspirado y profético, que oyeron muchos de los circunstantes: «¡Oh alma naturalmente cristiana y cuán cerca te hallas del redil de Cristo!»

CAPÍTULO IX.

De la plática que tuvieron los reyes con la princesa y de la sabrosísima de Fr. Lope Barrientos con los prelados de Avila y Burgos y el Condestable D. Álvaro de Luna.

TERMINADA la ceremonia, pasaron los reyes con Zoraida á una cuadra contigua, seguidos de los Reverendos Obispos de Burgos y Ávila, de Fr. Lope Barrientos, del Condestable D. Álvaro de Luna, de D. Enrique de Aragón y del mirasa Thermaxerin, al cual, aunque nada ducho en la lengua castellana, que tan bien platicaba su colega, algo se le alcanzaba de la italiana, muy en uso á la sazón en el Asia, por ser los de aquella tierra gente de suyo andorrera y trashumante, más fina que el coral y capaz de ensartarse sin ajena ayuda por el ojo de una aguja. Con este adminículo, y su mirada escudriñadora y penetrante, no echó Thermaxerin en saco roto el efecto producido en la

asamblea por la oración de su colega Jamelique y la hermosura de Zoraida, cuyo aspecto había levantado de cascos á los noveles caballeros y muy señaladamente á los más bizarros y apuestos de entre ellos, el príncipe Abulhasán y el Farfán Aceja.

La idea de que la princesa pudiera haber puesto los ojos en ellos, sacábale de quicio y le quebraba las hieles; porque es de saber, que este condenado viejo se hallaba tan loco de amor por ella, que no había perdonado hasta aquella fecha cuantas trazas y expedientes diabólicos le habían sugerido su pericia en la magia y en el arte de los filtros y encantamientos para ganarse su corazón. Tenaz en éste propósito, y con la esperanza de encontrar favorable ocasión de reducirla ó de alzarse de grado ó por fuerza con ella, logró que el emperador Xah Roj le nombrara, como su alguacil mayor que era, cabecera de la embajada y, lo que es más, que eligiese entre las otras damas de la corte, que habían de acompañar á su excelsa hija, á Cholpamalaga que, aunque aniñada de rostro y en la apariencia candorosa, era una muy artera y pér-

fida vieja alcoholada, adoctrinada por él en la teoría y práctica de sus embolismos satánicos y cómplice suyo en muchas fechorías y desaguisados. Pues á esta mala hembra la traía consigo Thermaxerin de atalaya para espiar á la princesa tártara.

Sentados en sendos sitios estuvieron los reyes pieza de una hora con Zoraida, haciéndole toda suerte de preguntas sobre sus padres, los usos y costumbres de su tierra y los accidentes de su largo viaje, á todas las cuales contestó brevemente con mucha discreción y gracia, y como observara que la reina D.^a María no alzaba los ojos de ella, examinando menudamente los atavíos y preseas de que venía adornada, le significó sonriendo que le placería más vestir á la castellana, indicación á que satisfizo muy cumplidamente la reina, pues cuando, terminada aquella noche la sala, llegó la hora de retraerse á sus cámaras, mostróle Cholpamalaga ocho grandes azafates con cantidad de vestidos muy lindos y lujosos, que días antes habían traído á su Alteza de Italia, amén de un muy rico collar de zomordas, crisólitos, rubíes y tur-

quesas, engarzadas en oro, sendos trajes castellanos, añazmes y almanicas para sus damas, dos corochas y dos carmañolas de gran lujo para los mirasas Thermaxerin y Jamelique, con otras joyas, guarniciones y piezas de paños de seda para los otros caballeros tártaros.

En tanto que Zoraida departía con los reyes, sostenían animada conversación en un ángulo de la estancia sobre el suceso del día los Reverendos Prelados y el Condestable D. Álvaro de Luna. Enfrascados en tirado coloquio y retraídos en el opuesto se hallaban D. Enrique de Aragón y el mirasa Thermaxerin, los cuales, con haberse apenas visto, parecían en aquel punto amigos de toda la vida. Y aunque hablaban en voz baja, como lo pedía la presencia de los reyes, todavía, por alguna que otra palabra que se dejaba oír, podía caerse en la cuenta que lo hacían en italiano, y al parecer sobre materia astrológica. Echólo de ver el primero Fray Lope Barrientos, grandísimo enemigo del Sr. de Iniesta, y volviéndose á los prelados y al Condestable, exclamó con aire y ademán sentenciosos: *omne*

animal diligit simile sibi, cada obeja cou su pareja, Dios los cría y ellos se juntan.

—Y con qué retintín lo dice su Reverencia! dijo riéndose el Condestable. Paréceme, añadió, que la mala voluntad que le tiene al bueno de D. Enrique es madre de ese juicio temerario.

—¡Temerario! ni aun en los ojos de vuestra señoría, respondió Fray Lope Barrientos. Á perro viejo no cuz, cuz. Á esta gente non sancta la conozco yo al dedillo. Acaéceme con ellos, lo que al can con el gato ó viceversa, que aunque jamás en su arrastrada vida se hayan visto, en punto de tropezarse, se reconocen mutuamente como enemigos mortales. Esto que los filósofos llaman virtud estimativa, no es peculiar y privativo de los brutos animales, sino del hombre también, que no por ser racional, deja de ser animal.

—Vaya por el amor de Dios, dijo el venerable prelado de Avila, y cómo se le ha atravesado á su Reverencia, que de ordinario tan blandas entrañas tiene, ese tratado de don Enrique sobre *El libro de Rasiel ó libro del aojamiento*.

—Y otros de la propia laya, replicó el confesor del rey, que, demás de combatirlos en mis *Tractado de la adivinanza, Libro de los ensueños y Tractado de casso é fortuna*, pienso, con el favor de Dios y del rey y la ayuda del Sr. Condestable, hacer de ellos pasto de las llamas, y aun aventar sus pavesas para que no quede rastro de escritos tan perniciosos en esta república de católicos, apostólicos, romanos. ¿Quién ignora, añadió, que ese hombre funesto cultiva la alquimia, que es consumado maestro en el arte de los encantos, que un día, que, si mal no recuerdo, fué martes, tornó en bermejo el disco del sol con la piedra heliotropia, que adivina lo futuro con la cheilonites, que se hace invisible con la andromena y que produce el trueno y la lluvia con el baxillo de arambre, amén de otras muchas y abominables diabluras? ¿No es público que mantiene á diario secreta correspondencia con los astrólogos y nigromantes, encantadores y magos, rabinos y alfaquies, irreconciliables enemigos de nuestra santa fe? Pero ¡qué más! ¿No recuerdan, acaso, Vuestras Reverencias el viaje de Valladolid á Zamora del relator Fer-

nando Diaz de Toledo, que recorrió en un verbo por los aires las diez y seis leguas mortales que distan una ciudad de otra por obra y arte del susodicho señor?

—Consejas son esas forjadas en las cabezas fantásticas del vulgo ó por las viejas al calor de la lumbre para dormir á los niños, dijo el Reverendo obispo de Burgos. Cercene de ellas su Reverencia las cuatro quintas partes, y me quedo corto, y estará en lo justo.

—¡Para cercenes estamos! replicó Fr. Lope Barrientos. ¡Medrados de nosotros! añadió con santa indignación. Y luego... detente lengua, que si te doy suelta, no me daría trazas de recogerte en días del mundo!

—¡Pero no valdrán nada á los ojos de vuestra Reverencia los muchos y señalados servicios que ha prestado D. Enrique á las letras con sus otras ópimas obras? dijo el obispo de Burgos, llevando el diálogo á terreno menos espinoso.

—*Bonum ex integra causa, malum ex quocumque defectu*, y punto redondo, respondió Fray Lope. Presérvese á las almas, añadió, de esas pestilencias, que es lo que importa. Letrados